



Primeras suscritores Sus Magestades y Altezas.

AÑO 2.

TOMO 2.º

NÚM. 22.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.  
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un  
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Calle de la Congregacion, 1 duplicado, 2.º

Se publica todos los domingos.

Valencia 28 Mayo 1865.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses  
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero, Cuba y  
Puerto-Rico, un año 6 pesos. — América y Asia,  
8 á 15.

SUMARIO.

Crónica de teatros, por D. Jacinto Labaila. —  
**Viaje á la marina y regiones oro-  
gráficas del Aitana**, por D. Vicente Boix.  
—El Ebro desbordado por el Torrent, y arboleda  
en donde se salvaron Manuel Pedrosa, padre é  
hijo, por D. Eduardo Martínez de Arévalo. — Bio-  
grafía de Juan Wilkes Booth. — La viuda, por  
D. Enrique Vivanco y Menchaca. — Dieu protege  
la France: historia de un napoleon (conclusion),  
por D. Manuel del Palacio. — Sagunto, soneto  
con estrambote, por D. Ildefonso Llorente y Fer-  
nandez. — Dulces memorias! (poesía), por D. Fe-  
derico de Mendoza. — Felicidad doméstica (con-  
tinuacion), por D. Antonio de Trueba.

**Láminas.** El Ebro desbordado por el Tor-  
rent. — Asesino de Lincoln. — Geroglífico.

CRÓNICA DE TEATROS.

El actual año cómico toca á su térmi-  
no: el calor va alejando al público  
de los teatros, y la próxima llegada  
de la calorosa estacion hace abrir  
los coliseos de verano y cerrar los de invier-  
no. Las empresas se apresuran á formar com-  
pañías para la temporada venidera, y ya pue-  
de juzgarse de la organizacion de algunas de  
ellas por las listas que van apareciendo.

El teatro del Príncipe se ha concedido en  
arriendo por cinco años por el ayuntamiento  
de Madrid á la compañía dramática que ha  
presentado nuestro paisano D. Miguel Vicente

Roca, cuyo acto ha presidido el teniente de  
alcalde D. Gonzalo de Saavedra, y cuyas pro-  
posiciones y compañía han sido aprobadas por  
la comision de espectáculos de la municipali-  
dad. Componen la compañía dramática que ha  
de actuar en el Príncipe en el próximo in-  
vierno los siguientes artistas:

Primeros actores directores de escena: Don  
Julian Romea y D. José Valero.

Primeras actrices: Doña Teodora Lama-  
drid y Doña Josefa Palma.

Actrices principales en sus respectivos gé-  
neros: Doña Carmen Berrobianco, Doña Sal-  
vadora Cairon, Doña Cándida Dardalla, Doña  
Josefa Hijosa y Doña Balbina Valverde.

Actores principales en sus respectivos pa-  
peles: D. Mariano Fernandez, D. Ricardo  
Morales, D. Antonio Pizarroso, D. Florencio  
Romea y D. Antonio Zamora.

Actor especial: D. José María Dardalla.

Pintores escenógrafos: D. Augusto Ferri  
y D. Jorge Busato.

Como ven nuestros lectores, el Sr. Roca  
ha logrado reunir un cuadro completo com-  
puesto de notabilidades y de actores de mé-  
rito, que si adunan sus potentes esfuerzos en  
pró del arte, éste estará de enhorabuena, pero  
que si los malgastan en privilegiar á determi-  
nados autores con perjuicio de los demás, le  
perjudicarán encaminándole por el derrotero  
del favoritismo, escollo eterno, donde todo  
se estrella en España.

Los señores Catalina se han quedado en  
arriendo tambien por cinco años el teatro del  
Circo, con la compañía que está actuando en  
el Príncipe, á cuyo frente está la eminente

Matilde Diez; y han contratado á los inteli-  
gentes actores Mario y Oltra, para sustituir á  
los Sres. Fernandez y Pizarroso. Dicha em-  
presa que se esfuerza siempre por complacer  
al público y por poner en escena con prefe-  
rencia obras de autores españoles, tendrá que  
sufrir gran lucha el año próximo; pero tiene  
condiciones para luchar, y sobre todo dos mó-  
viles poderosos que obran milagros, *fé y vo-  
luntad*.

El Sr. Salas, organiza para la temporada  
entrante una gran compañía de zarzuela, la  
que actuará sola en el teatro de Jovellanos;  
citarémos muy pronto á los artistas que la  
compongan.

El Real coliseo ha cerrado ya sus puertas,  
el Circo tambien, Jovellanos se dispone á  
hacerlo y muy en breve el Príncipe hará lo  
mismo; en cambio se ha inaugurado el co-  
liseo de verano de los Campos Eliseos, po-  
niendo en escena la ópera *El Profeta*, siendo  
muy aplaudida.

Hé aquí la lista de la compañía del teatro  
Rossini:

Primas dónnas absolutas. — Sras. La Grua  
y Boschetti.

Mezzo soprano absoluta y contralto. — Se-  
ñora Nantier Didier.

Prima donna soprano. — Sra. Garulli.

Contralto. — Sra. Mora.

Primeros tenores absolutos. — Sres. Tam-  
berlik y Vicentelli.

Primer tenor de medio carácter. — Señor  
Palermi.

Primeros barítonos absolutos. — Señores  
Squarcia y Steller.



Primeros bajos absolutos.—Sres. Vialletti y Ruizi.

Soprano comprimaria.—Sra. Spallazi.

Tenor comprimario.—Sr. Marin.

Bajos comprimarios.—Sres. Giordanni y Comas.

Primeras bailarinas.—Sres. Bonfanti y Braggi.

Maestro director de baile.—Sr. Vera.

Primer pintor escenógrafo.—Sr. Plá.

Maestros de coro y al cembalo.—Señores Vazquez, Rialp y Ruiz.

Director de escena.—Sr. García.

Apuntadores.—Sres. Albanés y Saper.

Maquinista.—Sr. Pausas.

Director del vestuario.—Sr. París.

Maestro director de la compañía y de la orquesta.—Sr. Gaztambide.

Relatemos ahora sucintamente las novedades teatrales que han ocurrido desde nuestra crónica anterior.

En el Príncipe se ha estrenado con muy buen éxito el juguete cómico en tres actos en verso, original de nuestro amigo y paisano D. Enrique Gaspar, titulado: *Cuestion de forma*. Los periódicos de la corte elogian la citada producción y el público la ha premiado con sus aplausos y llamando al autor repetidas veces á la escena; nosotros tenemos satisfacción en poder enviar á nuestro amigo, nuestra cordial enhorabuena.

En la Zarzuela, se han estrenado, una comedia en un acto en verso y original con el título de *La puerta y el postigo*, que no obtuvo buen éxito, y la zarzuela en dos actos arreglada del francés por el Sr. Alvarez, con música del maestro Rogel, denominada *Las amazonas del Tormes*, que ha obtenido ruidosa ovación; hé aquí lo que acerca de la música dice el revistero de la *Iberia*: «El señor Rogel ha demostrado sus buenos conocimientos musicales, y las bellas piezas que ha escrito son repetidas todas las noches entre los aplausos de la concurrencia. Tiempo era ya de que el Sr. Rogel encontrara un libro donde poder lucirse, pues hasta ahora había tenido la desgracia de poner en música obras que ni siquiera tenían, en su mayor parte, sentido comun.»

Somos de la misma opinion que el mencionado crítico, y por eso trascribimos sus palabras.

En Alicante ha tenido lugar una verdadera solemnidad literaria en la representación de *El hombre de mundo*. Su autor D. Ventura de la Vega, que se encontraba allí, fue obsequiado con espléndidos ramos, con frenéticos aplausos, con coronas, con versos escritos en su loor y leídos al presentarse en la escena.

De la *Revista Comercial* de Alicante trascribimos las dos cartas que el ilustre autor de *El hombre de mundo* dirigió al Gobernador y á su señora conmovido por la ruidosa ovación de que fue objeto:

Ilma. Sra. Doña Nicolasa de Francés:

Leo su nombre de V. escrito en las cintas de uno de los muchos preciosos ramos que recibí anoche; y por esta circunstancia, á V. me dirijo rogándola sea intérprete de mis sentimientos con las demás señoras de Alicante, á quienes tributo mi profunda gratitud por la parte que se han dignado tomar en el delicado obsequio que se me ha hecho, con motivo de la representación de mi comedia *El hombre de mundo*.

Gracias señoras, una y mil veces! No eran flores de las que pronto se marchitan y mueren las que anoche me arrojaban con sus lindas manos las hermosas alicantinas: eran vivas simpatías, eran tiernos recuerdos que durarán en mi corazón cuanto dure mi existencia.

Con este motivo se repite de V. afectísimo S. S. y amigo, Q. B. S. P.—Ventura de la Vega.—Alicante 17 de Mayo de 1865.

Ilmo. Sr. D. José Francés:

Cumplo con un deber, y al mismo tiempo satisfago un deseo, dirigiéndome á V. para manifestarle mi gratitud por la honra que me dispensó anoche, con motivo de la representación de mi comedia *El hombre de mundo*.

Honra era para mí ciertamente, pero además bien parecía el Gobernador de la provincia, el representante de la potestad suprema, bien parecía presidiendo y autorizando una ovación consagrada á enaltecer las letras, si quiera estuviesen representadas por mi humilde persona. Así acreditaba comprender su elevada misión dando prestigio á la literatura nacional, signo característico de la cultura y civilización de los pueblos.

Y después de saludar respetuosamente al Gobernador, permítame el amigo que le estreche con efusión la mano, por la abundancia de corazón con que acompañaba anoche todos sus actos; por las atenciones y obsequios que le mereció su afectísimo S. S. y amigo, Q. B. S. M.—Ventura de la Vega.—Alicante 17 de Mayo de 1865.

La Sra. Borghi-Mamo se despidió del público de Valencia con el *Otelo*, ejecutando antes *La favorita* la noche de su beneficio, en cuya noche obtuvo la prueba mas eficaz de que el público valenciano sabe apreciar el mérito que la distingue.

La señorita Rodríguez fue también muy obsequiada el día de su beneficio, y desplegó su gracia é inteligencia en *La hija del Regimiento*, que ya habíamos oído con el título de *La Cantinera de los Alpes* y en la *Juanita*, canción española que interpreta como solo puede una verdadera andaluza. El Sr. Fábregas cantó en obsequio á la beneficiada el aria de bajo de *Atila* y fue llamado al palco escénico entre nutridos aplausos. El Sr. Fábregas debiera dedicarse á cantar ópera, porque su fresca, estensa y sonora voz parece como que le brinda á ello: con facilidad se encuentran empresarios que contraten á un cantante de excelentes facultades.

Han llegado á nuestros oídos muchos nombres de artistas que están en ajuste ó ajustados para el próximo año cómico, formando parte de las compañías de zarzuela y de declamación de los teatros de Valencia; nada queremos aventurar respecto á esto hasta que estén completos los dos cuadros.

El Teatro de la Princesa ha cerrado ya sus puertas.

El Principal continuará actuando hasta mediados de Junio.

El calor cierra los templos de Talía; el verano es el mayor enemigo del arte dramático.

JACINTO LABAILA.

## VIAJE Á LA MARINA

Y REGIONES OROGRÁFICAS DEL AITANA.

### I.

#### Una advertencia.

Se halla en prensa una novela, rigurosamente histórica, titulada *La expulsión de los moriscos de Valencia*. Antes de escribir, en forma dramática, este acontecimiento, que es uno de los mas importantes para toda la monarquía por sus consecuencias inmensas, me trasladé á todos los puntos, donde aquella raza desgraciada hizo su última y suprema resistencia, y donde verificó el embarque para ir á perecer en los desiertos del Africa, á fin de estudiar las localidades, los pueblos, las fortalezas de aquellos valles y montes abruptos y solitarios y las enhiestas y solitarias costas en que dieron el postrer á Dios á su patria.

Como estas investigaciones históricas me ofrecieron la ocasión de admirar una vasta

region orográfica, en que los accidentes del terreno y las ruinas de las revoluciones de la naturaleza y del hombre presentan una variedad tan imponente, como digna de estudio, creo que la publicación sencilla, ligera y sin carácter científico de aquellas observaciones agradará (al menos lo espero así) á los lectores de un periódico ameno é instructivo á la par. De este modo conseguiré el triple objeto de facilitar la inteligencia de muchos de los pasajes de *La expulsión de los moriscos*, dar á conocer una region sumamente pintoresca y abundante en recuerdos históricos, y contribuir, por fin, de un modo humilde, pero sincero, al sostenimiento de una publicación interesante. Ya que el Director de EL MUSEO me concede la honra de admitir mi nombre entre los brillantes jóvenes que forman su ilustrada redacción, procuraré corresponder á esta distinguida confianza, si con acierto no, con una buena voluntad al menos.

### II.

#### De Valencia á Gandía.

Viajaría mucho; ahora que me acerco á la vejez, me aterra la inmovilidad. Me place la quietud del espíritu; pero me impone la quietud del cuerpo. Para pensar, prefiero la orilla del mar, los valles solitarios, las cimas de las montañas. No soy filósofo; mis meditaciones no alcanzan mas allá de las regiones de la poesía y de la historia, que asoma en las grietas de las ruinas. Allí vivo con los muertos; y siento dejar la soledad, porque vuelvo al trato de los vivos. ¿Soy misántropo? Ahora no; lo he sido, cuando al observar los vicios de la sociedad, envolvía en el horror el vicio y el hombre: hoy me espanta el crimen y miro con compasión al hombre. Vivo, pues, mejor en la soledad, desde que llevo á ella el amor á la humanidad, y amo el silencio, porque he hablado demasiado. Para llenar esta necesidad, que aqueja mi espíritu de continuo, aprovecho todas las vacaciones que el Reglamento concede á mi honrosa y difícil profesion: en esos días de holgura y de libertad, me arrullan las conversaciones sencillas del labrador ó del marino junto al hogar, bien provisto de fuego en las fiestas de Navidad; ó me adormece el susurro de los insectos á la sombra de un bosque ó de los peñascos, que coronan la costa en las horas ardientes de la canícula.

No pudiendo mis recursos llevarme á los grandes centros de población, ó á los baños, á donde la moda conduce á tanta multitud de enfermos alegres, elegantes y espléndidos, me contento con ir de *mansion* en *mansion*, como los legionarios romanos, y suple á mi modesta posición la galantería y generosa hospitalidad de amigos francos, leales y desinteresados. No soy inglés, ni español á la inglesa; y viajo, como viajaban nuestros abuelos: muchas veces me ha acontecido caminar, como los mendicantes antiguos, sin miedo á los ladrones.

Aprovechando, pues, las vacaciones del verano de 1863, salí de Valencia á mediados de Julio, en un día de un sol magnífico, con una atmósfera pesada y un calor que sería admisible en las regiones tropicales. Hasta Alcira el viaje es corto, agradable y delicioso: desde allí debía tomar asiento en un coche-diligencia para trasladarme á Gandía. Actualmente se hace este viaje, dejando el ferro-carril en Carcagente y continuándolo por el tram-vía, que es un medio, suavemente rápido, entretenido y aceptable.

Pero aun no estaba habilitada esta preciosa vía de comunicación y me fue preciso ocupar con mi amigo Dechent toda la berlina de un vehículo, que comenzaba por galera, continuaba coche y terminaba por tartana, pero de malas condiciones. En el fondo de la parte



posterior del vehículo se colocaron los equipajes de los viajeros, para que sirvieran de revuelto escabel á ocho personas, que se empaquetaron en aquel reducido espacio. Había mas asientos; y la inteligencia del mayoral descubrió un medio para colocarlos á todos. Ató dos cofres en la testera del carruaje sobre la estribera de madera, que servía de subida, y ofreció sitio para tres personas; otras dos en el pescante, y llegó su talento hasta situar otras tres encima del toldo, que siendo de caña forrada de lona, se hundió lo bastante para contener á los tres viajeros, con espanto de las mugeres que estaban bajo y que prorumpieron en gritos agudos al percibir el crugimiento de las cañas y el aspecto de aquel techo deleznable, pando ya por la enormidad del peso que lo oprimía.

Durante esta operacion nos abrasaba el calor, y nos acosaba, martirizaba é impacientaba furiosamente una nube de moscas, que no conseguíamos ahuyentar. Pasamos una hora de verdadero martirio. Por fin echamos á andar. El ganado correspondía al carruaje, que al cruzar las calles de Alcira nos anunció que no nos permitiría dormir. Debo advertir que una nube de moscas, posesionadas de la berlina, volvía con nosotros á Gandia, renovada y aumentada tal vez con las que producen los cañaverales del Júcar y tierras pantanosas del arroz. Cruzamos al paso la isla de Alcira, pueblo de origen ibero (antigua *Sucro*), mansion donde estuvieron Sertorio, Pompeyo y Julio César, asiento formidable de los árabes, y conquistada por los cristianos, asistió á los postreros momentos del gran Jaime I de Aragón. En Alcira estuvo el cardenal, despues Papa, Adriano de Utrech, enviado por Carlos I, para proponer una honrosa transaccion á los agermanados del reino, durante la guerra de los plebeyos con los nobles; Adriano encontró hombres de hierro y casi fue testigo de las célebres jornadas de los pueblos, llamados El Honor de Corvera.

Francamente; no me ocurrían estos recuerdos al cruzar la isla histórica del Júcar; pedia una brisa y un poco mas de velocidad, porque me hallaba sofocado. Al salir del arrabal encontré lo que deseaba: el mayoral sacudió el látigo, dió el grito de marcha, el ganado tomó al trote por un camino nuevo, magnífico y de sólida construccion. El primer trozo se abre entre soberbios huertos de naranjos, cruzando los términos de Alcira y Carcagente, y en seguida entra por una garganta, que dá paso á un valle, variado y pintoresco, que termina en Tabernes de Valldigna. A un lado y otro se presentan montes cubiertos de robusto arbolado, variando su aspecto á cada instante. Estrechándose unas veces, trazando otras diferentes curvas las faldas de aquellos montes, ofrecen accidentes bellísimos, que yo admiraba, á pesar del sol, del polvo, de la algarabía de los viajeros y viajeras y de las picaduras de las moscas. En medio de aquella soledad y sobre la vertiente de una sierra se levanta el convento de Aigues Vives, sombrío, aislada ruina de otras instituciones: queda su gran huerto y el via-crucis encerrado en él; los recuerdos de grandes dolores relegados á guarecerse bajo la sombra de esos magníficos árboles de fruta de oro y flores de azahar. En la fachada que mira al camino se veía dibujada la figura de un religioso, que vista de lejos parecía la sombra de un monje aparecida al viajero. Hasta la sombra se ha desvanecido.

El camino ondulando suavemente, corta despues parte del arco del semicírculo, que forma el pintoresco é histórico valle de Valldigna, nombre dulcísimo, corrompido del árabe Baad-el-Diu, ó puerta de la religion. A un extremo del valle y destacándose del fondo oscuro de un monte bastante escarpado, se alza una masa enorme de construcciones, sobre las que se destaca una gran cúpula y una torre. La torre no tiene campanas; nadie acude ahora á los

solemnes maitines de los monges de San Bernardo, que oraban á media noche en aquella soledad, semejante á un paraíso. Aquellos monges, ascetas y señores feudales á la vez, habitaban uno de los monasterios mas ricos y mas copiosos en artes de cuantos se conocían en nuestro reino antiguo. Rociando su descripción en la espulsion de los moriscos. Subsiste su magnífico altar mayor, que se levanta bajo la cúpula, cuya linterna sirve de dosel á la imágen de la Virgen, sostenida sobre otra cúpula de madera, á quien sirven de apoyo cuatro altísimas columnas salomónicas, con toda la talla de oro y profusion de adornos, de grande efecto, pero de poco gusto. Hay claustros enteros; sepulturas abiertas, estatuas funerarias destrozadas: no están los restos de aquellos abades caballeros: soledad, ruinas, inspiracion; cuando todo existía en pie, excitaba respeto; sus ruinas vuelven la fe al corazón que siente. Al pié del monasterio está el pueblo, de origen morisco, conserva un nombre árabe-religioso y la cruz por trofeo.

Mientras mi vista parecía penetrar hasta el fondo de aquellos escombros de la revolucion, el coche se aproximaba á Tabernes, por el mismo valle, pero mas espacioso, aunque le cierra por el Oeste un monte mucho mas elevado, y que no debía perder ya de vista hasta que se confunde con otros hilos de la gigantesca urdimbre de nuestro sistema orográfico.

Tabernes es una poblacion bella, aseada, de buen aspecto, y que manifiesta el bienestar de sus pacíficos moradores. El calor era insufrible y nos abrasaba la sed, pero nos proporcionamos buenos refrescos de helado y esto nos consoló de las importunas moscas, que se cebaban en nosotros.

En Tabernes acababa entonces el camino bueno, y entramos en una de esas vias antiguas que abrieron los moros y que se llaman malamente carreteras. Marchando sobre un piso pedregoso, desigual, sinuoso, y en algunos puntos execrable, dejamos que la Providencia nos condujera sanos y salvos hasta la segunda seccion del camino bueno que principia en Jaraco. Situado este pueblo al pié de los montes indicados y con los piés dentro de los arrozales, dá á sus habitantes un aire pálido y enfermizo, que contrasta con la robusta vegetacion que ciñe la cabeza del pueblo.

El camino bueno, como al principio del viaje, serpea sobre la falda de un extremo del gran pico del Monduber, y desde algunos puntos se descubre un magnífico panorama. A los piés una vasta llanura, inundada por las plantaciones de arroz y terminada por un bellísimo cinturón azul del Mediterráneo; en frente un estenso anfiteatro que comienza en el castillo de San Juan y termina en el cabo de San Antonio, sirviendo de elevada presidencia el imponente Monduber. Aquel anfiteatro encierra cien pueblos, pequeños rios, secos torrentes, campos soberbios, colinas magníficas y poblaciones pintorescas, cuyas elevadas torres se cuentan, se dibujan, se perciben en todos sus detalles. El aire es puro, el cielo sin nubes, y los recuerdos brotan por todas partes.

(Se continuará.)

VICENTE BOIX.

#### EL EBRO DESBORDADO POR EL TORRENT Y ARBOLEDA EN DONDE SE SALVARON MANUEL PEDROSA, PADRE É HIJO.

Nuestra lámina representa el mas preferente acontecimiento de la inundacion del Ebro, acaecida la noche del 15 al 16 de Abril último, segun indicamos en el momento que los sucesos palpitaban, sin haber cumplido la triste mision de describirlos, porque

continúan todavía las aguas al borde del álveo, desde donde pueden volver á derramarse al impulso de rápidos deshielos que anualmente hacen temer avenidas extraordinarias, durante la primavera deliciosa.

Habíamos anotado el riesgo de perder la vida en que se vieron los molineros Manuel Pedrosa, padre é hijo; designamos el Torrent como confluencia de un barranco atormentado; y estas personas escapadas de las garras de la muerte en las altas horas de la noche, restituidas al seno de su familia tras-pasada de dolor, son las que aparecen encaramadas en el álamo circuido por el rio, cuyas ondas revueltas marcan el mayor peligro que rodea el sitio en donde tuvo lugar la escena, fielmente dibujada por D. Manuel Márques, jóven pintor que nos ha proporcionado una exactísima copia.

El molino harinero, situado á una hora de distancia de Tortosa, está construido sobre dos barcas que sostienen una rueda igual á las que giran á los costados de los buques de vapor, promoviéndose el movimiento de las demás cuando la fuerza de la corriente hace voltear sus palas, para lo cual es conveniente buscar una conversion del curso del rio ú otro cualquier accidente que aumente su ímpetu, como sucede en las inmediaciones del Torrent. Allí, ni la crecida del Ebro, por insignificante que sea, puede pasar desapercibida á la atencion de los molineros, viendo rodar mas acelerada la muela, ni dejan de practicar un reconocimiento diario á las amarras porque la falta de vigilancia les espondría á ser arrastrados, sin advertirlo, hasta destrozarse chocando con el puente de la ciudad que está mas abajo, de manera que al amanecer de aquel día de fatídicos augurios, su propia seguridad, la de su querida familia y la de cuantos sostenían el artefacto, no debía ya infundir el mas leve recelo.

Movidos por el secreto resorte de generosos sentimientos de beneficencia, armaron el bote y recorrieron las huertas y masías inmediatas é inundadas, prestando auxilios tan eficaces como desinteresados, mas al regresar de su última expedicion, la corriente dominó las fuerzas de ambos conductores y les arrojó contra el tronco de un álamo, en donde se partió la ligera embarcacion. Al desaparecer, dividida en dos grandes fragmentos, representó con tal exactitud á los dos molineros luchando con la muerte, que ni los espectadores, ni aun los náufragos, al volver de su sorpresa podían darse cuenta de la rapidéz con que el hijo se abalanzó á una rama, mientras el padre algo mas tardío y conturbado logró acojerse tambien.

Un ¡ay! desgarrador, profundo y espondáneo retumbó en la falda de la montaña, convertida entonces en margen del rio, á donde siempre llegan taciturnos é impacientes colonos que acostumbran á pararse en observacion; pero la exclamacion de dolor habia partido súbita, inmensa y verdadera desde el centro del molino, porque de allí habia sido lanzada por la esposa é hija del anciano Pedrosa, por dos labradores amigos que las acompañaban y por un obrero del cuerpo de Administracion militar, detenido por motivos especiales del servicio.

Pálido seria el bosquejo que intentásemos hacer de la ansiedad, de la solicitud y del terror de los circunstantes, al par que es indecible el interés y la actividad de D. Pablo Pedraza, oficial del referido cuerpo. El haberse constituido en el Torrent inmediatamente que recibió aviso, su precipitado regreso para que se le facilitase una embarcacion, su segunda salida para restablecer la fuerza moral de aquellos infelices, las vivas instancias con que espresaba la necesidad de proporcionarles su salvacion, su nueva retirada á la ciudad despues de haber anochecido y hallándose interceptada la carretera general, caminos





EL EBRO DESBORDADO POR EL TORRENT.



vecinales y demás vías de la huerta, son hechos tan elocuentes que le distinguieron y promovieron la reunión y asociación de varias personas, que presididas por el Gobernador civil de la provincia, fueron guiadas, también por aquel, al sitio distante que visitaba infatigable por tercera vez.

Era de noche ya, el murmullo del río producía sonidos amenazantes, las nubes habían formado un celaje siniestro, y de vez en cuando lanzaba roncós silbidos alguna ráfaga de viento. ¡Oh, si hubiese derribado el álamo en donde permanecían los desgraciados molineros!

A la vista de las antorchas encendidas, iluminando la expresión decidida y entusiasta de aquella comitiva, se reanimó su espíritu abatido, pero su vida estaba en la orilla del río, y su muerte sobre las raíces del árbol que les guarecía.

Más de dos horas trascurrieron, agotando el brio de fornidos marreantes, sin poderseles acercar con una lancha

que habían preparado de antemano. Al hacer un esfuerzo supremo se arriesgaban á ser envueltos en las ondas bullentes, al rededor de los enormes troncos y del matorral espeso que cubrían. Se consideró imposible su salvación por el momento, hasta que la tibia claridad de la aurora prestase una luz al nuevo día y á la imaginación de la ofuscada concurrencia. Dios entonces la derramó sobre la razón de los desvalidos.

Cuando ellos escucharon la voz que les decía que esperasen hasta el amanecer, rechazaron con tan obstinada negativa la proposición, dictando el único medio de prestarles auxilio, que todos quedaron suspensos y comprendieron la inmensidad de su desesperación.

La lancha sin remeros avanzaba inquieta en dirección al tronco, arrastrándose por la misma dirección que emprendió el Ebro al desbordarse, según habían calculado aquellos al pedir que se les enviase, sujeta con dos cuerdas, á fin de maniobrar desde tierra dando á los extremos opuestos mayor ó menor tensión. Robustos brazos las sostenían, agitados por el temblor nervioso producido al contemplar al joven Pedrosa acechando el momento de descolgarse, con una mano aferrada en las ramas y la otra vagando en busca del punto menos difícil de asir; pero de repente se oyó el ruido producido por el rápido salto,

las luces estremecidas despidieron una granizada de chispas, acaso para iluminar con la nueva llama, un relámpago de alegría que brilló en los semblantes de los que recibían en



JUAN WILKES BOOTH.

Asesino de Lincoln.

sus brazos, al que les mostraba su profunda gratitud.

Poco tardó en completarse este cuadro satisfactorio, porque la persona que faltaba reunir acudió por la misma senda acabada de trazar. Bajo el pobre techo de madera del molino resonaron estrepitosas demostraciones de alegría, terminando las plegarias que Dios había recibido para devolver en cambio dos prendas entrañablemente queridas.

Aquellas salvas de júbilo fueron la señal de despedida que resonó entre una y dos de la madrugada, hora solemne para Manuel y Manuel Pedrosa y para todos cuantos admiraron su serenidad y valor, en el trance desesperado de recibir adunados los beneficios que ellos habían repartido entre sus convecinos. Siempre las buenas semillas, esparcidas en buen terreno, han de producir flores primorosas y escelentes frutos.

Tortosa 10 de Mayo de 1865.

EDUARDO MARTINEZ DE AREVALO.

#### BIOGRAFIA DE JUAN WILKES BOOTH.

Juan Wilkes Booth, asesino del presidente Lincoln, era hijo de Junio Bruto Booth, cómico muy celebrado en sus buenos tiempos.

Juan, que nació en el condado de Hartford en el Maryland, siguió también la carrera del teatro, si no con gran éxito, con grandísima presunción, creyendo que había pocos actores que le igualasen. Tenía dos hermanos, Edwin, uno de los empresarios del teatro de Winter Garden en Nueva-York, y Junio Bruto, que abandonó las tablas por el comercio del petróleo; ambos partidarios de la unión, mientras aquel lo era entusiasta de los confederados.

Los papeles de héroe le arrebatában en escena hasta el punto de ser peligroso representar con él cuando cenía el laurel y calzaba el coturno, habiendo acontecido herir á su figurado antagonista en la tragedia de Ricardo, en cuyo papel no reconocía rival.

Algunas semanas hace, dijo que pensaba matar á Lincoln, pero se tomó á chanza. Dos ó tres días antes del asesinato manifestó á algunos amigos que pensaba presentarse en tablas de manera que admirase á todo el mundo.

Tiraba muy bien la pistola, era escelente gimnasta, hábil ginete, de elegante figura y de modales atractivos, alto, con cabello y barba negras.

El viernes 14 de Abril, en el teatro, á las doce del día, habló bromeándose con el acomodador, quien incidentalmente le dijo que aquella noche iría el presidente al palco con su mujer y uno ó dos amigos. Salíó al poco tiempo y se dirigió á casa de M. Johnson, y le pasó tarjeta á fin de verle; pero M. Johnson (el actual presidente) le contestó por un criado, que estaba ocupadísimo y le era imposible recibir á nadie.

Pidió tintero, escribió una ó dos palabras, se paró y preguntó. «¿En qué año estamos ... en este momento no me acuerdo?» concluyó su carta y al marcharse le dijo á uno de los dependientes: «¿Vá usted á la noche al teatro Ford?—La función será famosa.»

Alquiló una yegua ligera, volvió al teatro, se introdujo en el palco del presidente, hizo un agujero en la pared junto al marco de la puerta, colocó la silla del presidente en el punto que juzgó mas á propósito. Por la noche al entrar en el teatro encontró á Mr. Lincoln á quien saludó, y después se fue al vestuario, de allí al corredor del palco y al abrir la primera puerta detúvole un criado á quien dijo que era un senador invitado por el presidente. El criado dejóle pasar: en el acto cerró la puerta y metió un trozo de madera en el agujero que había hecho en la pared, de modo que la puerta no pudiera abrirse; al presentarse en el palco abriendo la segunda puerta, el mayor Rathbone se levantó, preguntándole á dónde iba; hizo una cortesía, se escondió detrás de la puerta y desde allí disparó un pistoletazo con la mano izquierda que hirió mortalmente al presidente, atravesándole la parte posterior de la cabeza. Salíó al palco y á Rathbone que intentó detenerle le dió una puñalada que le desgarró el brazo desde el hombro al codo; se subió á la baran-



dilla del palco, tiróse al escenario, y volviéndose al público dijo: *Sic semper tyranni*, y atropellando á los actores, escapó por la puerta falsa huyendo en la yegua que tenía ensillada y antes de que llegaran los que le perseguían había desaparecido. Algunos días después fue muerto, y por los dependientes del ministerio de la Guerra se le ha enterrado secretamente. El retrato que damos en este número de John Wilkes Booth ha sido remitido á Europa por Mr. A. Bailey, miembro de la agencia americana.

### LA VIUDA.

Nuestros lectores nos permitirán que usemos hoy de cierta figura retórica que consiste en decir con muchas palabras lo que se puede explicar con menos. Esta figura se llama circunlóquo. El circunlóquo, en ocasiones, viene á ser en literatura lo que la hoja de higuera en la estatuaría, esto es, una especie de velo pudoroso que no impide á la imaginación completar el pensamiento del escritor ó del artista.

Somos partidarios decididos de la claridad en el estilo; porque opinamos con nuestro preceptista Martínez de la Rosa, que:

«La espresion que no es clara nunca es bella.»

pero tenemos al par muy en cuenta que hay dos géneros de claridad, como hace notar oportunamente el ilustre autor de *Los Mártires*; una, que es aneja á la sencillez ó vulgaridad del pensamiento, y otra, que consiste en aquel ingenio y facultad superiores por las cuales se esponen con lucidez extraordinaria los conceptos mas elevados y abstrusos.

Cierto que, el asunto que nos proponemos tratar no es elevado ni abstruso; pero es mucho mas que esto, es un asunto espinoso, tanto como el pez clupea. Véase si habremos de ir con tiento al tocarlo.

Y ahora que ya está escrito el preámbulo, pasemos á la narración.

En alguna parte hemos leído que, hablando del amor, «el hombre dice siempre mas de lo que sabe, y la muger sabe siempre mas de lo que dice.» Si nos atreviéramos á tanto, nosotros propondríamos que la anterior sentencia se adicionara con las siguientes palabras: «Sobre todo, si la muger es viuda.»

Sabido es que la muger tiene maravillosamente desarrolladas las facultades perceptivas (así tuviera las reflexivas), lo cual hace que llegue á una altura prodigiosa en los estudios de la mímica, ó sea arte de conocer los hombres por sus gestos y actitudes. Pero estas disposiciones naturales, se ven contrariadas en su desarrollo, mientras la muger fluctúa entre las mil sensaciones diversas que turban el corazón impresionable de las vírgenes en sus primeros amores.

Solo cuando la muger ha deshojado su corona de inocencia, llega á reconocerse á sí misma y á utilizar las poderosas facultades con que el cielo la ha dotado. Pero no se crea que porque la muger toque la realidad de las cosas pierda nada de su espiritualismo. Sabido es que el amor es la vida entera de la muger, y el amor es la cadena espiritual que une la tierra con el cielo.

Vengamos á nuestro asunto.

Para conocer bien á la viuda, es indispensable estudiarla en algunos rasgos episódicos. Un ejemplo.

Se ha observado que los viejos tienen inclinación decidida por las viudas, quizá porque en su debilidad, buscan ya, como los niños, la fortaleza de que carecen. Hacen mal. Ellos, como diestros que son en el arte de la palabra para mover las fibras apasionadas, hieren casi siempre el deseo: pero ellas que saben que el amor con todas sus manifesta-

ciones expansivas es propiedad esclusiva de la juventud, aceptan de la experiencia la teoría y de la inesperienza la dulcísima práctica. Las viudas que son muy entendidas en muchas cosas, saben perfectamente que en amor, el mas pobre en ciencia, es el mas rico en dulzura, en poesía y en belleza.

Así es que, cuando un viejo requiere de amores á una viuda, ésta hace para sus adentros una operación aritmética, que podríamos espresar de la siguiente manera:

Viejo ó minuyendo. . . . .	60 años.
Viuda ó sustraendo. . . . .	35 »

Jóven incógnito ó diferencia. . . 25 »

Escusado parece añadir que al hacer esta operación, la viuda se atiene, como es natural, á su resultado. Así es lo justo. La edad de 25 años y la de 35, están dentro del periodo de la juventud, mientras que la edad de 60 años.... es propia para el amor, no hay duda, mas es para el amor de Dios y del prógimo.

Hemos establecido un incógnito anteriormente, y ahora vamos á descubrirlo, pasando de este modo sin esfuerzo á considerar á la viuda bajo otra de sus fases características.

Entiéndase bien que cuanto decimos, se refiere á la viuda *modelo*, á la viuda que en sus horas de infortunio, pueda esclamar con acento melancólico y reflexivo:

¡Ay! infeliz de la que nace hermosa!

Y una vez hecha esta aclaración, que nadie hallará inútil, volvamos al terreno de las hipótesis, siquier sea por breve tiempo.

Supongamos que el incógnito enamorado de la viuda es un jóven entusiasta, generoso y discreto, un hombre, en fin, que sea la antítesis perfecta de aquellos otros de quienes dice *Arlincourt* que no son mas que un saco en el que solo el oro tiene entrada. Aquí sí que la viuda se eleva á grande altura. Con qué admirable percepción sabe distinguir lo real de lo ideal para referirlos á su punto de enlace verdadero. Ella, con un criterio exactísimo, aprecia en el amor que inspira lo que habrá de ser fugitivo y lo que puede ser estable. La viuda sabe perfectamente que *el amor no es el placer de los sentidos*; pero tambien sabe que *no puede existir sin él*, y por eso combina sabiamente las concesiones y las reservas, la palabra que acaricia la forma, con el suspiro espiritual que la enaltece. Este es el grande mérito de la muger experimentada: jamás busca en el amor lo imposible que hace la infelicidad de tantos inespertos, en cambio halla en lo posible cuanto puede llenar con plenitud de goces, el alma mas rica en sensibilidad y en deseos.

¡Cuánto mas podríamos decir en justo encomio del tipo que venimos estudiando, si nos lo permitiese el estado especial de nuestro ánimo! Mas ya que esto no sea, terminaremos con algo parecido á una deprecación.

Lector: si cuentas algunos años menos de edad que el autor de estas líneas, y has tenido la envidiable fortuna de fijar la atención de una viuda modelo, déjate guiar confiadamente: ella te llevará entre caricias inefables hasta las puertas de aquel paraíso de deleite, que plantó el Señor Dios en el principio del mundo.

ENRIQUE VIVANCO Y MENCHACA.

### DIEU PROTEGE LA FRANCE.

(Historia de un napoleon.)

(Conclusion.)

V.

En la noche de aquel mismo dia, recibió la desgraciada familia de la calle de las Tres Cruces una moneda de cinco francos, en-

vuerta en un papel, donde se leían estas palabras: «socorro de parte del señor vizconde de...»

A la tarde siguiente, me presenté como habia ofrecido, en casa de Camila. Me recibió con su amabilidad acostumbrada, y sin saber por qué giró la conversacion sobre su primo. Me contó lo que yo habia adivinado antes, y yo le referí lo que le esperaba. Celebró mi ocurrencia generosa, y me dió las gracias por esta nueva ocasion que le presentaba de humillar al vizconde.

Este no se hizo esperar.

Entró en la sala pálido, iracundo, y con una sonrisa entre insultante y desdenosa, me dijo casi sin saludarme:

—Caballero, sabia que encontraria á usted en este sitio, y he venido á buscarle.

—¿En qué puedo servir al señor vizconde? respondí á mi vez con una calma que le contruvo.

—En mucho; he sido víctima de una burla grosera, y deseo me ayude usted á buscar á su autor.

—Dentro de dos horas, tendré el gusto de ver á usted en el sitio que me señale, dije á media voz, y disponiéndome á partir.

—Corriente.

—Amado primo, exclamó Camila con su sonrisa habitual, supongo que no te ofenderás si te dejo, pero voy en este instante á cumplir con un deber de caridad. ¿Quieres acompañarme?

—Gracias, prima; tengo dentro de dos horas una cita en el Suizo, y eso pudiera retrasarme. Volveré esta noche, pues tengo necesidad de hablarte.

Y esto diciendo, se alejó con paso precipitado, oyéndose á poco en la calle el ruido de su berlina.

Dos dias despues se leía en los periódicos de Madrid:

«Se habla en las grandes reuniones de la Corte, de un duelo que debió verificarse ayer, y que se ha suspendido por la desaparición de uno de los contendientes. A su tiempo daremos mas pormenores de tan extraño suceso.»

Vosotros sabeis muy bien que yo no he abandonado mi casa; por tanto, es inútil decirnos que el vizconde fue el que no concurrió á la cita. En cambio, me remitió poco despues desde Burdeos una carta en que me decia: «Si mi prima me hubiese amado, me hubiera batido con usted á muerte, pero cuando supe, no solo que me aborrecia, sino que hacia mofa de mí, no quise darle el gracioso espectáculo de un duelo, que cualquiera que fuese el resultado, redundaria en perjuicio mio. Además, tengo el convencimiento de que la burla de usted fue tambien preparada por ella, y reservo mi venganza para otra ocasion.»

Esta es la historia; me parece, que tanto el principio, como el último episodio no dejan de tener originalidad, y por lo tanto, apodérese de ella el que quiera, y cuéntela al público, aunque teniendo cuidado de ocultar los nombres.

—¿Y el final? gritaron todos los concurrentes.

—Carece de él, contestó Enrique sonriendo.

—Pero ¿y Camila?

—Buena; la veo casi todos los dias, y nuestros amores no son ya un misterio para nadie.

—Queremos conocerla.

—Bien; ya sabeis sus señas; solo os añadiré para mayor claridad, que la podeis ver todas las noches, pues está abonada á palco en el teatro Real.

—¿Y te casarás con ella?

—¡Imbéciles! eso no se pregunta jamás á un jóven pobre, enamorado de una viuda rica.

—Y ¿no has vuelto á saber del primo?

—Hace cuatro dias; ¿no os acordais de haber oído decir que una de estas últimas noches fue acometido por dos ladrones un caballero que venia de viaje, y que solo debió su



salvacion á otro que se presentó en el momento en que trataban de asesinarle, y que logró ponerles en fuga?

—Es verdad, lo recordamos.

—Pues bien, el vizconde y yo éramos los dos caballeros.

—¿Qué mal rato pasaria con tu socorro!

—Al contrario; me abrazó despues del suceso, y me ha suplicado, que si hay boda, le permita ser uno de los testigos.

—Y Camila, ¿qué dice?

—Camila, como todas las personas que tienen corazon y talento, cree que las dichas de este mundo son como los premios de la lotería; todo el que juega piensa que su número será probablemente el agraciado, pero lo cierto es, que solo un milagro de Dios puede convertir en realidad las probabilidades.

MANUEL DEL PALACIO.

## SAGUNTO.

### Soneto con estrambote.

Labró Sagunto de nobleza lleno  
Rico pensil de escelsitud y amores:  
Llevó el aura á Cartago sus olores,  
Y quiso entrar en el jardín ameno.  
El genio hispano, en su dintel, sereno  
Guardaba del pensil los esplendores;  
Y dijo «¡Atrás!» al que sus santas flores  
Iba á manchar con africano cieno.  
Bramó el audáz: para feróz venganza  
Romper la puerta del pensil dispuso;  
Y al dar el golpe su nervuda lanza,  
El brazo en alto suspendió confuso:  
¿Que á guardian y jardín vió con asombros  
Fuego de pátrio amor tornar escombros,  
Y un ataúd de gloria  
De los siglos en hombros  
Dios puso allí para eternal memoria!

ILDEFONSO LLORENTE FERNANDEZ.

Santa Cruz de Tenerife.

## ¡DULCES MEMORIAS!

Entraba yo á la vida  
Soñando en ilusiones,  
La mente conmovida  
Por fervidas pasiones,  
Y sediento mi espíritu  
De luz y de placer.  
Mis ojos asombrados  
La magia de este mundo  
Gozaban arrobados  
En éxtasis profundo,  
Y sus brillos espléndidos  
Bebían por doquier.

Suspiros ardorosos,  
Fugáz melancolía,  
Recuerdos vagarosos,  
Acorde melodía  
Latir hicieron trémulo  
Mi jóven corazon.  
Entonces de las flores  
Bendije la hermosura,  
Del alba los primores,  
Del sol la lumbre pura,  
Y los ecos dulcísimos  
De lánguida cancion.

Hechizos celestiales  
Mi pecho dilataron,  
Y, ageno á duros males,  
Piadosos le brindaron  
De amores y de júbilo  
Risueño porvenir.  
¿Cuán bella la esperanza  
Feliz me sostenía!  
Su arrullo de bonanza  
Mi espíritu mecia  
En nubes de oro y púrpura  
Y en cielo de zafir.

Mas ¡ah! que mi ventura  
Se huyó desvanecida  
Trocando en amargura  
Las galas de mi vida,  
Y con ardientes lágrimas  
Lloré la realidad.  
Por eso lastimado  
Se vé mi pensamiento;  
Si algun infortunado  
Comprende su tormento,  
Que mis sentidas cántigas  
Escuche por piedad.

FEDERICO DE MENDOZA.

## FELICIDAD DOMÉSTICA.

(Continuacion.)

El tío Piqueta baja al pueblo y Santiago queda en la era pensando en el epitafio del cura de Algete y en la calavera del tío Chupa-cepas.

Un airecillo se ha levantado poco á poco y cada vez que á su impulso rueda un cardo seco hácia el camino de Algete, el pobre Santiago cree oír rodar la calavera y tiembla como un azogado y pierde el aliento y apenas tiene fuerza mas que para santiguarse é invocar en su ayuda al Santo Cristo del Amparo, patron de Coveña.

El viento sopla cada vez mas fuerte y silba en las ventanas de la ermita de San Roque que está al pié del cerro del Castillo, aumentando el terror del pobre Santiago á quien parece aquel silbido el ay de la muger condenada al purgatorio por contar á sus hijos embustes de muertos y aparecidos.

Santiago no se atreve ya á pasar la noche en la era entregado á aquel terror y á aquel sobresalto continuo, pero tampoco se atreve á irse á su casa porque pueden limpiar el trigo que Juan ha dejado sucio, y en tal caso á nadie mas que á él echará Juan la culpa.

Despues de profundas cavilaciones, encuentra un medio que concilia su obligacion de guardar la era y su necesidad de calmar el sobresalto en que se halla su espíritu.

Este medio consiste lisa y llanamente en pasar la noche en compañía del guarda de otra era, propia de Pepe Berrinche, no muy distante, velando desde allí por la seguridad de la que le está encomendada.

Tan pronto como le ocurre esta idea, la pone en práctica; la era de Juan Cachaza queda enteramente sola y Santiago se contenta con aplicar de cuando en cuando el oído hácia ella desde la de Pepe Berrinche.

El viento continúa soplando cada vez mas récio.

Santiago y el guarda de Pepe Berrinche notan á favor de la luna que comienza á aparecer, una especie de humo que se estiende por toda la parte de las eras.

—Será niebla, porque la noche ha refrescado, dice Santiago.

—La niebla no huele á paja quemada, replica su compañero.

—Vendrá el humo de la tahona de Coveña.

—En la tahona queman retama y tomillo y no paja.

Y cuando ambos guardas estaban aun en qué será qué no será ese humo, una gran hoguera ilumina de repente todas las afueras altas de Coveña.

Santiago lanza un grito de terror al ver que el fuego es en la era de Juan Cachaza, á donde se dirigen á escape él y su compañero.

El monton de trigo que constituye toda la cosecha del pobre Juan Cachaza es presa del fuego, que avivado por el viento envuelve ya toda la hacina.

En vano Santiago y el guarda de la era

de Pepe Berrinche se esfuerzan por dominarle. Chamuscados y faltos de toda esperanza en sus propias fuerzas, dan la voz de

—Vecinos, ¡fuego! ¡fuego!

Inmediatamente cesa el profundo silencio que reinaba en la poblacion reemplazándole ayes lastimeros, golpes á las puertas, ruido de puertas y ventanas, y por último el lúgubre toque de fuego.

Todos los vecinos de Coveña y el primero de todos Pepe Berrinche, acuden al sitio del siniestro; pero ¡ay! inutilmente porque el fuego ha consumido toda la cosecha del pobre Juan Cachaza.

Juan, cuando ya nada le queda en la era con que consolarse, mas que la compasion y las simpatías de sus vecinos, piensa para consolarse en su muger y su hija y se encamina á su hogar ya mas pobre y triste que nunca, y al llegar á la fuente encuentra á su muger que con la niña en brazos va llorando sin consuelo porque ya le han dicho que se ha consumido su desgracia.

Juan, que apenas sabe leer, no ha aprendido en los libros santos ni en los profanos los deberes del hombre; pero por una divina intuicion que en los rústicos de espíritu levantado suple á la sabiduría que se adquiere en los libros, sabe que Job debe ser imitado por los hombres como debe serlo por las mugeres la muger fuerte del Evangelio.

Y al ver llorar á la compañera de su tristeza y de sus alegrías, la estrecha en sus brazos, no bañándola con sus lágrimas sino fortaleciéndola con su sonrisa, y le dice:

—No llores, no, que si es Dios justo cuando nos dá las mieses no puede menos de serlo tambien cuando nos las quita. Con los ojos ciegos de lágrimas y la frente abatida de tristeza no se busca el bien, que se busca con los ojos enjutos y la frente levantada. Fuerza tengo en los brazos y voluntad en el alma. ¿Te parece á tí que con estas dos cosas no se encuentra en España lo que para vivir necesitan los pobres? Echa muy enhoramala el llanto, que con ese monton de ceniza que queda en la era abonaremos las tierras y verás como el año que viene nos dá Dios doble cosecha que ogaño. ¿Sabes tú la copla que cantaba el difunto mi padre. Pues si no la sabes te la voy á decir:

El rico está siempre triste,  
El pobre está siempre alegre,  
Porque uno ser rico espera  
Y el otro ser pobre teme.

—¿Tiene razon Juan! dijeron Pepe Berrinche y otros vecinos que estaban presentes.

Y Mariquita, enjugando las lágrimas del dolor para dar salida á las del amor y la alegría, alzó los ojos al cielo exclamando:

—¡Bendito seas, Señor, que has colocado en mi casa la dicha al lado de la pobreza!

No sé qué amargo sentimiento se agitó en el corazon de Pepe, pues el rostro de éste se entristeció y á sus ojos asomó una lágrima.

Aquella lágrima y aquella tristeza desaparecieron muy pronto, pues Pepe al separarse de sus vecinos, frente á su casa y por consiguiente frente á la de Juan, dijo á éste y á la Mariquita en tono alegre y cariñoso:

—Ea, á dormir y no penseis en el trigo, que como ha dicho Juan, Dios os dará cosecha doble el año que viene.

—Ay sí, contestó la Mariquita; pero entre tanto...

Entre tanto, la interrumpió Pepe, en mi era hay dos montones, cada uno tan grande como el que se ha quemado en la vuestra, y uno de ellos vendrá mañana á vuestra panera, que la gracia de Dios se ha de partir.

—¡Gracias, gracias Sr. Pepe! exclamaron Juan y su muger casi llorando de alegría y agradecimiento; pero Pepe se apresuró á meterse en su casa recomendándoles que dejaran no sé qué para las amas de los curas.



## VII.

Cuando Pepe entró en su casa, el tío Geromo salió á recibirle al alto de la escalera.

—Caráspita, me alegro que vengas, dijo el viejo, por que ya no podía con la fiera de tu muger.

—¡Adios con la colorada! ¿Ya andan Vds. de pelea? ¿No le tengo á Vd. dicho, tío Geromo, que no dispute con la Isabel? Es Vd. lo mas...

—Soy lo mas borrico que come pan en darme malos ratos por vosotros en vez de decir: ¡a ver como no se descuernan! ¡Ah, si levantara la cabeza el pobrecito que come tierra...!

—¡Adios, ya salió aquello! Pero hombre, ¿qué es lo que ha pasado?

—Qué ha de pasar, que tu muger dale que ha de ir á la era de Juan Cachaza, estando como quien dice con un pié en la sepultura, del berrinche de ayer. Y porque yo no se lo he permitido, se ha puesto conmigo como un toro y ha habido aquí la de Dios es Cristo, de modo, que si no vienes tan pronto, le digo, á ver como no te lleva pateta, y la dejo ir.... ¡Mira tú qué falta haría ella en el fuego! La que los perros en misa.

—Ha hecho Vd. bien en no dejarla ir, porque en tales casos, las mugeres solo sirven de estorbo, y estando tan delicada le hubiera costado cara la imprudencia; pero, por Dios, tío Geromo, no la exaspere Vd....

—¡Amigo, muchas gracias! ¡Conque tras de cornudo apaleado!... La culpa me tengo yo por no...

—Pero hombre, escuche Vd....

—¡Ingratos!

—¡Tío Geromo, por María Santísima, no me saque Vd. de mis casillas!

—De tu casaza me sacarán á mí pronto para llevarme al Campo-Santo con la vida que me dais....

Pepe hace heróicos esfuerzos para contener su enojo.

—Pero tío Geromo, escúcheme Vd....

—¡Sí, sí, contéplale un poco, lávale la cara, dale las gracias por el buen rato que ha dado á tu muger!... esclama desde la cama la señora Isabel en tono capáz de hacer perder la paciencia al mismo Juan Cachaza.

Y al verse Pepe abrumado de reconvencciones por uno y otro lado; al ver que allí todo el mundo habla y nadie se entiende, pierde los estribos y une sus gritos y sus apóstrofes á los de su muger y el tío Geromo, y rabia y patea y llora y maldice su suerte y se tumba en la cama en la alcoba del gabinete opuesto al que ocupa su muger.

Por fin todo queda en silencio.

Pasa una hora y otra y otra y los criados dan cabezadas y roncan, este sentado por aquí y el otro tumbado por allá esperando que sus amos salgan á cenar.

Por fin Rosa se decide á entrar á preguntar á sus amos si se les ofrece algo y recibe un sofion de su ama, que está echada sobre la cama sin desnudarse. Segura de hallar la misma acogida en su amo, pasa al gabinete opuesto y vé á Pepe tambien tumbado sobre la cama.

—¿Quiere Vd. algo? le pregunta, pero su amo no responde.

Se acerca á la cama y repite la pregunta, pero la repite inútilmente.

Acerca la luz á la cara de su amo y al ver á este encendido como la grana, respirando con dificultad, é inmóvil, grita:

—Ay Dios mio, que á mi amo le ha dado algo!

Oir, así la Isabel como el tío Geromo y los demás criados, estas palabras y precipitarse al gabinete todo es uno.

—¡Pepe, Pepe de mi alma! esclama Isabel prorumpiendo en llanto y procurando despertar á su marido; pero éste continúa inmóvil y como insensible á cuanto pasa á su alrededor.

—Mira, Isabel, grita desesperado el tío Geromo, márame, haz que me arrojen por ese balcon, haz que me echen á un presidio, que yo tengo la culpa de todo, que yo he matado al pobre de tu marido!....

Y acercando los labios al oido de su amo, continúa:

—¡Pepe, Pepe, vuelve en tí y perdóname!... ¡Ay Dios mio, no me oye!... ¡está muerto!... ¡Virgen de Valderrabé!... Ay, si el pobre señor Juan levantara la cabeza y viera que el tío Geromo ha matado á su hijo!...

Al mismo tiempo Isabel grita y besa á su marido y se echa á sí misma toda la culpa de aquella desgracia.

—Señora, por Dios, le dice Rosa, tenga Vd. valor y sea lo que una muger como Dios manda debe ser en estos casos.

—¡Sí, sí, tienes razon! contesta Isabel haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, id volando á llamar al cirujano.

Y mientras los criados cumplen la orden de su ama, ésta esclama con toda la efusion de su alma:

—«Santo Cristo del Amparo, sálvamele, sálvamele, que mi agradecimiento será eterno!...» y pone en juego todos los remedios caseros para procurar alivio á su marido.

El cirujano viene y encontrando á Pepe con un ataque cerebral, le hace una sangría, con lo cual consigue devolverle el conocimiento y proporcionarle notable alivio.

—Hombre tenemos, dice el facultativo al retirarse, y entonces Isabel y el tío Geromo lloran de alegría.

Al salir el sol vuelve el cirujano y viendo que continúa rápidamente el alivio, levanta la prohibicion absoluta de hablar al enfermo.

Isabel se sienta á la cabecera de la cama en tanto que el tío Geromo, oyendo tocar á misa va á oirla á pesar de que es dia de trabajo y no acostumbra ir á misa mas que los dias de precepto.

—¡Pepe de mi alma, perdóname! ..

—Isabel, quien tiene necesidad de perdon soy yo. Dios que os hizo á las mugeres débiles de cuerpo y alma debe perdonaros las faltas y debilidades de carácter; pero no así á los hombres que hemos sido puestos á vuestro lado para que os demos ejemplo de prudencia y generosidad. Grande fue el que me ofreció anoche Juan, un hombre que carece de la educacion que yo he recibido, y sin embargo no supe imitarle. Dios me castigó, y este castigo que no ha sido tan cruel como el que yo merecia, será una leccion que nunca olvidaré. El apodo que hasta aquí he oido con indiferencia, le oiré con paciencia en lo sucesivo porque servirá para recordarme mis faltas; pero no le mereceré en lo sucesivo. ¿Dónde está el tío Geromo?

—Ha ido á misa.

—¡Es decir, á pedir á Dios por mí!

—Sin duda.

—¡Pobre tío Geromo! Desgracia ha tenido en servir á quien olvida que los ancianos merecen la indulgencia que nunca se les niega á los niños!

—Si hubierais visto cuánto ha llorado y cuánto ha sido su desesperacion creyéndose causa de tu mal!...

—Mira, Isabel, no hablemos mas de nuestras disensiones. Evitémoslas de hoy en adelante y al fin gozaremos la felicidad doméstica que envidiamos á los pobres que viven ahí enfrente....

—Pobres llamas á Juan y su muger y razon tienes para ello, porque por bien avenidos y trabajadores que sean; cómo van á vivir despues de haber perdido su cosecha!

—¡Dios no desampara á los pobres!

—¡Pues mira yo he pedido al Santo Cristo del Amparo que te salvara, ofreciéndole que mi agradecimiento seria eterno! ¿No te parece que el Señor agradecería el que reparásemos la desgracia del pobre Juan?...

—Anoche me anticipé á tus deseos ofreciéndole la mitad del trigo que tenemos en la era.

Isabel inclina como avergonzada la frente sobre el pecho de su marido exclamando con los ojos arrasados en lágrimas:

—Y yó en vez de recibir con los brazos abiertos y bendiciones en los labios al que tan santa obra acababa de hacer, le recibí con denuestos y provocaciones!...

—Isabel, por Dios te ruego que no volvamos á hablar de eso!

(Se continuará).

ANTONIO DE TRUEBA.

Por todo lo no firmado:  
LUIS FABRA Y CAVERO.



La extraordinaria aceptacion que adquiere nuestro semanario en las posesiones de Ultramar, ha sido causa de que se agoten los ejemplares á pesar de la numerosa tirada que hicimos á principio de año.

En su vista, esta Administracion compra cuantas colecciones se deseen vender del año pasado y los números publicados hasta hoy.

Los suscritores de *La Guaira* y *Puerto Cabello*, que han pedido colecciones, pueden reclamarlas á nuestros Administradores generales en Caracas, D. Cornelio Perozo y don Evaristo Fombona, únicos representantes en dicho punto.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.

## GEROGLÍFICO.



La solucion en el próximo número.